

LA NOVELA QUE HA INSPIRADO LA PELÍCULA

GENTE QUE CONOCEMOS EN VACACIONES

EMILY HENRY



 Planeta

EMILY HENRY

GENTE
QUE CONOCEMOS
EN VACACIONES

Traducción de Anna Valor Blanquer

1

ESTE VERANO

—Poppy —dice Swapna desde la cabecera de la mesa de reuniones de un gris apagado—. ¿Qué tienes?

Para ser la benevolente líder del imperio de *Descanso + Relax*, Swapna Bakshi-Highsmith no podría representar peor los dos valores fundamentales de nuestra distinguida revista.

Es probable que la última vez que Swapna descansó fuese hace tres años, cuando estaba embarazada de ocho meses y medio y un médico la obligó a guardar cama, pero se pasaba los días haciendo videollamadas a la oficina con el portátil en equilibrio encima de su barriga, por lo que creo que no hubo mucho relax que digamos. Toda ella es aguda, incisiva y elegante, desde su melena corta peinada hacia atrás como una modelo de alta costura, hasta sus tacones con tachuelas de Alexander Wang.

Su raya de ojos termina en una punta tan afilada que cortaría una lata de aluminio y sus ojos color esmeralda podrían aplastarla después. En este momento, ambos me miran de frente.

—¿Poppy? ¿Hola?

Parpadeo para salir de mi aturdimiento y me inclino hacia delante en la silla mientras carraspeo. Es algo que ha estado pasándome mucho últimamente. Cuando tienes un trabajo en el que solo se te exige ir a la oficina una vez a la semana, no es ideal desconectar como un niño en clase de matemáticas el cincuenta por ciento de ese tiempo, y menos delante de tu tan aterradora como inspiradora jefa.

Estudio la libreta que tengo enfrente. Antes venía a las reuniones de los viernes con montones de propuestas que había garabateado emocionada: ideas para artículos sobre fiestas desconocidas de otros países, restaurantes que son famosos en su ciudad con modestos postres fritos, fenómenos naturales en playas concretas de América del Sur, viñedos neozelandeses emergentes, nuevas modas entre la gente que busca aventuras y formas de relajación profunda para los amantes de los spas.

Escribía esas notas en una especie de pánico, como si todas las experiencias que esperaba vivir algún día fuesen seres vivos que crecían dentro de mí y cuyas ramas me empujasen por dentro exigiendo liberarse. Me pasaba los tres días anteriores a las reuniones en las que había que presentar propuestas en una especie de trance sudoroso en Google, contemplando imagen tras imagen de lugares en los que nunca había estado con una sensación parecida al hambre haciéndome rugir el estómago.

Hoy, sin embargo, he dedicado solo diez minutos a anotar nombres de países.

Países, ni siquiera ciudades.

Swapna me mira esperando que proponga mi nuevo gran artículo veraniego para el año que viene y yo estoy mirando fijamente la palabra *Brasil*.

Brasil es el quinto país más grande del mundo. Brasil constituye el 5,6 por ciento de la masa de la Tierra. No se puede escribir un artículo corto, conciso, sobre ir de vacaciones a Brasil. Tienes que elegir, por lo menos, una zona concreta.

Paso la página de la libreta fingiendo estudiar la siguiente. Está en blanco. Cuando mi compañero Garrett se inclina hacia mí como para leer por encima de mi hombro, la cierro de golpe.

—San Petersburgo —digo.

Swapna levanta una ceja y se pasea por la cabecera de la mesa.

—Ya metimos San Petersburgo en el número de verano de hace tres años. La celebración de las Noches Blancas, ¿recuerdas?

—¿Ámsterdam? —suelta Garrett a mi lado.

—Ámsterdam es una ciudad primaveral —dice Swapna, con cierta irritación—. No vas a hablar de Ámsterdam y no incluir los tulipanes.

Cuentan que Swapna ha estado en más de setenta y cinco países, y en muchos de ellos dos veces.

Deja de hablar, con el móvil en una mano, dándole golpes contra la otra mientras piensa.

—Además, Ámsterdam está... de moda.

Swapna tiene la firme convicción de que ir a la moda es llegar tarde a esa moda. Si ve que a la gente le gusta va gustándole Toruń, una ciudad de Polonia, Toruń entra en la lista negra para los próximos diez años. Hay una lista real colgada en la pared con una chincheta al lado de los cubículos (Toruń no está en la lista) titulada «Lugares que $D+R$ no va a cubrir». Cada elemento de la lista está escrito de su puño y letra y fechado, y hay una especie de porra secreta en la que se apuesta por cuándo quitará una ciudad de la lista. En la oficina nunca hay tanta emoción contenida como en esas mañanas en las que Swapna entra decidida con la bolsa del portátil de diseño colgada del brazo y se dirige a la lista, bolígrafo en mano, preparada para tachar una de las ciudades prohibidas.

Todo el mundo observa con el alma en vilo preguntándose qué ciudad estará rescatando del olvido de $D+R$ y, cuando por fin está en su despacho con la puerta cerrada y no hay peligro, quien esté más cerca de la lista se acerca corriendo, lee el elemento tachado y se vuelve para susurrar el nombre de la ciudad a toda la redacción. Suele haber celebraciones silenciosas.

Cuando se retiró París de la lista el otoño pasado, alguien descorchó una botella de champán y Garrett sacó una boina roja de un cajón de su escritorio, donde la tenía guardada para la ocasión. La llevó todo el día, quitándosela de la cabeza de un tirón cada vez que oíamos el clic y el chirrido de la puerta de Swapna. Pensó que no lo había pillado hasta que ella se paró al

lado de su mesa cuando se iba a casa por la tarde y le dijo: «*Au revoir*, Garrett».

La cara se le puso de un rojo tan vivo como el de la boina y, aunque a mí me pareció que Swapna lo había dicho como una broma, él nunca ha llegado a recuperar la confianza.

Que Swapna haya declarado que Ámsterdam está de moda hace que se le enciendan las mejillas y sobrepasen el rojo boina hasta llegar a un morado remolacha.

Otra persona lanza Cozumel como propuesta. Y luego proponen Las Vegas y Swapna lo sopesa un instante.

—Las Vegas podría ser divertido. —Me mira—. Poppy, ¿no crees que Las Vegas podría ser divertido?

—Sí que podría ser divertido —concuerdo.

—Santorini —dice Garrett con la vocecita de un ratón de dibujos animados.

—Santorini es bonito, sí —contesta Swapna provocando un audible suspiro de alivio por parte de Garrett—, pero queremos algo inspirado.

Vuelve a mirarme. Con intensidad. Y sé por qué. Quiere que yo sea la que escriba el artículo principal. Porque para eso estoy aquí.

Se me revuelve la barriga.

—Seguiré haciendo lluvia de ideas y prepararé una propuesta para el lunes —le sugiero.

Asiente. Garrett se deshinchona en la silla que tengo al lado. Sé que él y su novio están desesperados por un viaje gratis a Santorini. Como cualquier articulista de viajes. Es probable que como cualquier persona del mundo.

Como yo debería estarlo.

«No te rindas —quiero decirle—, si Swapna quiere inspiración, no la encontrará en mí.»

Hace mucho que no tengo ni una pizca.

—Creo que deberías insistir en Santorini —dice Rachel removiendo el rosado dentro de la copa sobre el mosaico de la mesa de cafetería.

Es un vino perfectamente veraniego y, por el estatus de Rachel, nos ha salido gratis.

Rachel Krohn: bloguera de moda, entusiasta de los bulldogs franceses, nacida y criada en el Upper West Side (pero, por suerte, no es de las que hacen como si fuera adorable que hayas nacido en Ohio o que Ohio exista siquiera: «¿Alguien había oído hablar de Ohio antes?») y mejor amiga profesional.

A pesar de tener electrodomésticos de alta gama, Rachel frigga a mano todos los platos porque le parece relajante, y lo hace con unos tacones de diez centímetros, porque considera que los zapatos planos son para montar a caballo y hacer jardinería y solo si no has encontrado unas botas con tacón adecuadas.

Rachel fue la primera amiga que hice cuando me mudé a Nueva York. Es *influencer* (léase: le pagan por llevar unas marcas concretas de maquillaje y subir fotos delante de su precioso tocador de mármol) y, aunque yo nunca había sido amiga de otra «persona de internet», resultó tener sus ventajas (léase: ninguna de las dos pasa vergüenza cuando le pide a la otra que espere mientras prepara con esmero una foto de su sándwich). Y, aunque puede que no esperase tener demasiado en común con Rachel, la tercera vez que quedamos (en la misma vinoteca de la zona de Brooklyn que hay debajo del puente de Manhattan en la que estamos ahora) admitió que se toma todas las fotos de la semana los martes, cambiándose de ropa y de peinado entre las paradas que va haciendo en diferentes parques y restaurantes y, luego, se pasa el resto de la semana escribiendo artículos y gestionando las redes de varias protectoras de perros.

Tuvo la suerte de conseguir este trabajo por ser fotogénica y tener una vida fotogénica y dos perros muy fotogénicos (aunque con una necesidad constante de atención médica).

En cambio, yo decidí buscar seguidores en redes como plan a largo plazo para hacer de viajar un trabajo. Dos caminos diferentes que nos han llevado al mismo sitio. Bueno, ella sigue viviendo en el Upper West Side y yo estoy en el Lower East Side, pero las dos somos anuncios con patas.

Tomo un sorbo de espumoso y me enjuago la boca con él mientras sopeso sus palabras. No he estado en Santorini y, en alguna parte de la atestada casa de mis padres, en una fiambarrera llena de cosas que no tienen en común nada en absoluto, hay una lista de destinos soñados que hice en la universidad y Santorini está casi arriba del todo. Esas líneas blancas impolutas y las franjas de mar azul centelleante eran lo más alejado de aquella casa abarrotada de Ohio que me podía imaginar.

—No puedo —le digo por fin—. Garrett moriría por combustión espontánea si Swapna me diera el visto bueno para Santorini después de haberlo propuesto él.

—No lo entiendo —replica Rachel—, ¿tan difícil es elegir un lugar para ir de vacaciones, Pop? Total, no pagas tú. Elige un sitio y ve. Y luego otro. Eso es lo que haces siempre.

—No es tan fácil.

—Ya, ya. —Agita una mano—. Sé que tu jefa quiere unas vacaciones «inspiradas», pero, en cuanto te presentes en un lugar bonito con la tarjeta de crédito de *D+R*, la inspiración aparecerá. Te aseguro que no hay nadie en el mundo mejor preparado para vivir unas vacaciones mágicas que una periodista de viajes con la cartera llena de dinero de un gran grupo mediático. Si tú no puedes tener un viaje inspirado, ¿cómo coño esperas que lo tengan los demás?

Me encojo de hombros y cojo un trozo de queso de la tabla de embutidos.

—Igual ese es el sentido de todo esto.

Arquea una ceja oscura.

—¿Cuál es el sentido de todo esto?

—¡Eso mismo me pregunto yo! —digo, y me mira con una cara de asco irónico.

—No te pongas mona y excéntrica —dice seca.

Para Rachel Krohn, «mona y excéntrica» es casi tan malo como «a la moda» para Swapna. A pesar de la estética etérea de su pelo, su maquillaje, su ropa, su piso y sus redes, Rachel es una persona profundamente pragmática. Para ella, la vida en el ojo público es un trabajo como cualquier otro, uno que sigue haciendo porque le paga las facturas (al menos las del queso, el vino, la ropa y cualquier otra cosa que las empresas decidan mandarle) y no porque disfrute de esa semifama prefabricada que va de la mano del trabajo. Al final de cada mes, hace una publicación con las peores fotos descartadas de las sesiones con el texto: ESTA ES UNA CUENTA CON IMÁGENES SELECCIONADAS PARA HACERTE QUERER UNA VIDA QUE NO EXISTE. A MÍ ME PAGAN POR ESTO.

Sí, estudió Bellas Artes.

Y, no se sabe bien por qué, esa especie de *performance* no ha frenado su popularidad. Siempre que estoy en la ciudad a final de mes, intento quedar con ella para tomar vino y verla mirar las notificaciones y poner los ojos en blanco cuando llegan los *likes* y los nuevos seguidores a borbotones. De vez en cuando, reprime un grito y dice: «¡Escucha esto! “Rachel Krohn es supervaliente y sincera. Quiero que sea mi madre.” ¡Les estoy diciendo que no me conocen y siguen sin entenderlo!».

No tiene ninguna paciencia para la gente que ve las cosas de color de rosa y todavía menos para la melancolía.

—No me estoy haciendo la mona —le aseguro—, y todavía menos la excéntrica.

El arco de su ceja se vuelve más pronunciado.

—¿Seguro? Porque tiendes a ambas cosas, cariño.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso solo me lo dices porque soy bajita y me visto de colores vivos.

—No, perdona, eres diminuta —me corrige— y llevas estampados chillones. Tu estilo es hijo de un panadero parisino

de 1960 que va en bici por su pueblito al alba gritando «*Bonjour, le monde*» mientras reparte *baguettes*.

—En fin —digo volviendo al tema—, que lo que quiero decir es que ¿qué sentido tiene hacer un viaje carísimo y escribir un artículo sobre ello para las cuarenta y dos personas de todo el mundo que pueden permitirse gastar ese tiempo y dinero en recrearlo?

Sus cejas forman una línea recta mientras piensa.

—A ver, lo primero es que no creo que la mayoría de la gente use *D+R* como guía, *Pop*. Les dais cien lugares que ver y eligen tres. Y lo segundo es que la gente quiere ver vacaciones idílicas en las revistas de viajes. Las compran para soñar despiertos, no para planear vacaciones.

Aunque está siendo la Rachel pragmática, se le está colando la Rachel cínica que estudió Bellas Artes y les está dando un tono afilado a sus palabras. La Rachel de Bellas Artes es una especie de viejo gruñón, un padrastro sentado a la mesa familiar que dice: «¿Por qué no dejáis las pantallitas un rato, niños?» mientras tiende un cuenco para que todo el mundo deje el móvil dentro.

Me encantan la Rachel de Bellas Artes y sus principios, pero también me inquieta su súbita aparición en esta terraza de bar. Porque hay palabras que todavía no he dicho en voz alta que quieren salir, pensamientos delicados, secretos, que nunca se me han aparecido de forma clara en las muchas horas que he pasado descansando entre viajes tumbada en el sofá «de segunda mano, aunque como nuevo» de mi piso poco acogedor y poco usado.

—¿Qué sentido tiene? —repito frustrada—. ¿Tú nunca te sientes así? Es que me he esforzado mucho, lo he hecho todo bien...

—A ver, todo no —dice—. No te olvides de que dejaste la universidad, cari.

—...para poder conseguir el trabajo de mis sueños. Y lo he conseguido. ¡Trabajo en una de las revistas de viajes más im-

portantes! ¡Tengo un buen piso! Y puedo coger taxis sin que me preocupe demasiado en qué otra cosa debería gastarme ese dinero y, aun así... —Tomo aire temblorosa, sin estar muy segura de las palabras que voy a obligarme a pronunciar a continuación a pesar de que todo su peso me cae encima como un saco de arena—... No soy feliz.

La expresión de Rachel se suaviza. Pone la mano encima de la mía, pero se queda en silencio, dejándome espacio para continuar. Tardo un momento en conseguirlo. Siento que soy una capulla desagradecida por tener siquiera estos pensamientos y todavía más por reconocerlos en voz alta.

—Todo es más o menos como me lo había imaginado —digo por fin—: las fiestas, las escalas en aeropuertos internacionales, los cócteles en *jets* y las playas y los barcos y los viñedos. Todo es como debería ser, pero no me siento como esperaba. La verdad es que creo que antes no me sentía así. Antes me pasaba semanas emocionadísima por hacer un viaje. Y, cuando llegaba al aeropuerto, sentía... que me rugía la sangre por las venas, que el aire vibraba a mi alrededor lleno de posibilidades. No lo sé. No sé muy bien qué ha cambiado. Igual he sido yo.

Rachel se pasa un rizo oscuro por detrás de la oreja y se encoge de hombros.

—Lo querías, Poppy. No lo tenías y lo deseabas. Tenías hambre.

Enseguida sé que tiene razón. Ha encontrado el problema central entre mi verborrea.

—Qué absurdo, ¿no? —digo entre riéndome y soltando un quejido—. Mi vida ha salido como deseaba y ahora echo de menos querer algo.

Temblar con el peso de ese deseo. Estremecerme con el potencial. Quedarme mirando el techo del quinto piso cutre y sin ascensor en el que vivía antes de trabajar en *D+R* después de un turno doble poniendo copas en el Garden y soñando despierta

pensando en el futuro. En los lugares a los que iría, la gente a la que conocería... En la persona en la que me convertiría. ¿Qué te queda por querer cuando tienes el piso que soñabas, la jefa que soñabas y el trabajo que soñabas (lo cual invalida cualquier tipo de ansiedad por el alquiler obsceno del piso soñado, pues te pasas casi todos los días comiendo en restaurantes con estrellas Michelin a cargo de la empresa)?

Rachel apura la copa y pone un poco de brie encima de una galletita salada mientras asiente con aire sabio.

—Hastío *millennial*.

—¿Eso existe? —pregunto.

—Todavía no, pero si lo repites tres veces, esta noche ya podrás leerlo en un artículo de opinión de la revista *Slate*.

Tiro un puñado de sal por encima del hombro para guardarnos de ese mal y Rachel se ríe por la nariz mientras nos sirve otra copa a cada una.

—Pensaba que lo que nos pasa a los *millennials* es que no conseguimos lo que queremos. Las casas, los trabajos, la independencia económica... Seguimos estudiando toda la vida y somos camareros hasta el día en que morimos.

—Sí —dice—, pero tú dejaste la universidad y te esforzaste por conseguir lo que querías y aquí estamos.

—No quiero tener hastío *millennial*. Me siento gilipollas por no conformarme con la vida maravillosa que tengo.

Rachel vuelve a reírse por la nariz.

—La conformidad es una mentira inventada por el capitalismo —dice la Rachel de Bellas Artes, aunque tal vez tenga razón (suele tenerla)—. Piénsalo. Todas esas fotos que subo son para vender algo. Un estilo de vida. La gente las mira y piensa: «Si tuviera esos tacones de Sonia Rykiel o ese piso precioso con suelos de roble francés en espinapez, sería feliz. Daría vueltas regando las plantas y encendiendo mi suministro inagotable de velas de Jo Malone y mi vida estaría en perfecta armonía. Por fin me encantaría mi casa. Disfrutaría de los días que paso en este mundo».

—Lo vendes bien, Rachel. Pareces bastante feliz.

—Y lo soy, claro que sí —responde—. Pero no me conformo. ¿Sabes por qué? —Coge el teléfono de la mesa, busca una foto que ya tiene en mente y levanta el móvil para que la vea. Está ella recostada en su sofá de terciopelo y encima tiene dos bulldogs con cicatrices idénticas por las operaciones de morro que les salvaron la vida. Rachel lleva un pijama de Bob Esponja y ni un gramo de maquillaje—. Porque cada día hay criaderos ilegales trayendo al mundo más perritos de estos. Fecundando a las mismas pobres perritas una y otra vez y haciendo que tengan camada tras camada de perritos con mutaciones genéticas que les hacen la vida difícil y dolorosa. ¡Por no hablar de los pitbulls amontonados en jaulas, pudriéndose en la perrera!

—¿Quieres convencerme para que adopte un perro? —pregunto—. Porque todo el rollo de ser periodista de viajes es incompatible con tener mascotas.

La verdad es que, aunque no fuera así, no sé si sería capaz de ocuparme de una mascota. Me encantan los perros, pero me crie en una casa con superpoblación perruna. Con las mascotas vienen el pelo y los ladridos y el caos. Y eso, para una persona bastante caótica de por sí, es terreno peligroso. Si fuera a una protectora a por un perro, no puedo prometer que no volviera a casa habiendo adoptado seis y un coyote salvaje de regalo.

—Lo que digo —responde Rachel— es que el hecho de marcarse objetivos pesa más que conformarse con lo que ya tenemos. Tenías mil objetivos laborales, algo que querías conseguir. Poco a poco, has ido cumpliéndolo todo. Y *voilà*: te has quedado sin metas.

—Entonces lo que necesito son objetivos nuevos.

Asiente con energía.

—Leí un artículo sobre el tema. Al parecer, lograr objetivos a largo plazo lleva muchas veces a la depresión. Lo importante es el camino, no el destino, cari, y demás gilipollices que dicen los cojines esos con frases. —Su rostro vuelve a suavizarse y se

convierte en esa expresión etérea que aparece en sus fotos que más triunfan—. Y mi psicóloga dice...

—Tu madre —digo.

—Estaba siendo psicóloga cuando me lo decía —replica Rachel, y entiendo que quiere decir que Sandra Krohn estaba siendo la doctora Sandra Krohn, igual que Rachel a veces es la Rachel de Bellas Artes, no que estuviera en una sesión de terapia.

Por más que Rachel se lo suplique, su madre se niega a tratarla como paciente, pero Rachel, por su parte, se niega a que la trate nadie más, por lo que están en un callejón sin salida.

—Bueno —continúa—, pues me dijo que a veces, cuando pierdes la felicidad, lo mejor es buscarla como buscarías cualquier otra cosa.

—¿Quejándote y mirando debajo de los cojines del sofá?

—Repasando todo lo que has hecho —dice Rachel—. Así que deberías hacer memoria y preguntarte cuál fue la última vez que fuiste feliz de verdad.

El problema es que no tengo que hacer memoria. Ni lo más mínimo.

Enseguida sé cuándo fui feliz de verdad por última vez.

Hace dos años, en Croacia, con Alex Nilsen.

Pero no hay forma de volver a eso, porque no hemos hablado desde entonces.

—Tú piensa en ello, ¿vale? —dice Rachel—. La doctora Krohn siempre tiene razón.

—Sí —respondo—, pensaré en ello.